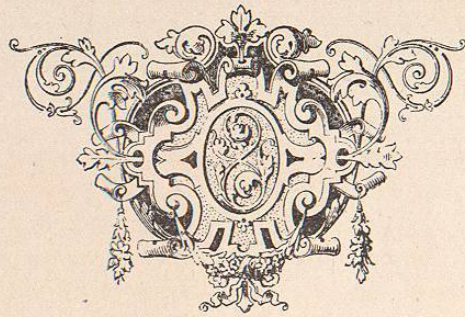


que no fué otro que aquel Subteniente Borunda que también combatió en la primera intentona, y agradecido aquél por sus buenos oficios dejóle su anillo y sus pistolas.

Substanciada la causa, Raousset fué fusilado en la plazuela del Muelle á las seis de la mañana del día 12 de Agosto de 1854. Murió con valor y, como Maximiliano, sólo pidió que no se le tirase á la cara. Hizo sus disposi-

ciones testamentarias, escribió cartas muy sentidas á los de su familia y recibió los últimos auxilios espirituales que le impartió el párroco de Guaymas, Don Vicente Oviedo.

Una extendida loma que desde el mar se observa circundada de peñascos, señala el cementerio en que duerme el eterno sueño aquel hombre cuya desmedida ambición lo apartó de la senda de la verdadera gloria.



VIII

PRONUNCIAMIENTOS DE ANTAÑO.

INCOMPLETA quedaría la colección de mis cuadros de costumbres, lector amigo, si no te bosquejara el que se refiere á los famosos *pronunciamentos* que incesantemente alteraban la tranquilidad pública y daban pábulo al descrédito de nuestra patria en el exterior. La historia de México independiente en los años á que me refiero, forma un notable contraste con la del Gobierno colonial, aquélla por lo quisquillosa y alborotada y ésta por lo monótona y tranquila.

Danme idea los partidos políticos de fogosos corceles con tendencia á desbocarse, por lo que, en la actualidad, el gran mérito del General Díaz, dicho sea en verdad, consiste en haberlos contenido sin reventar las riendas que los sujeta, á cuyo fin ha debido necesitar de más maña que de fuerza. ¡Bendita sea esa maña que ha proporcionado una era de paz

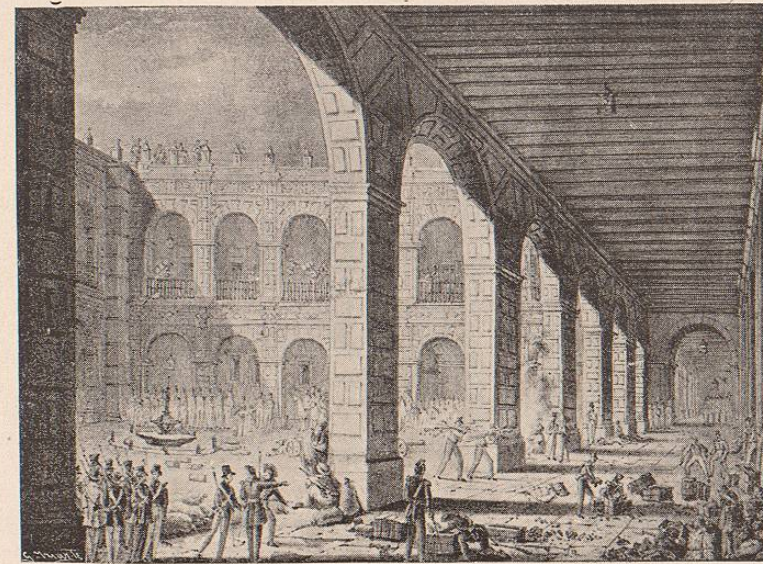
á la República! Que siga el artificio enfrenando la dura boca de esos corceles y encaminando á la sociedad por el sendero de la moralidad, que es lo que constituye el hermoso complemento de la pacificación del país.

* * *

Un repique lejano y un cañonazo eran el fatídico anuncio de una sublevación en la Ciudadela, y lo que se dice de México debe aplicarse á Guadalajara, Puebla, San Luis Potosí y demás lugares del país en que se iniciaban los movimientos revolucionarios. La Capital desde ese momento entraba en grande conmoción. Las puertas se cerraban con gran estrépito, las gentes corrían por las calles, algunos corrillos que en las esquinas se forma-

ban para preguntarse los individuos unos á otros lo que acontecía, prontamente se dicipaban, y afligidas las madres de familia en las casas por la suerte de sus hijos, ordenaban á sus criados que fuesen por ellos, sin pérdida de tiempo, á las escuelas y amigas. Los coches abandonaban sus sitios y se dirigían con apremio á las carrocerías. De vez en cuando se dejaban oír los toques de clarín que convocaban á los soldados á sus cuarteles; coronábanse de fuerza armada las alturas de Palacio y de éste salían á relucir á la plaza las piezas de artillería. Poco á poco iba desapareciendo de las calles y plazas la gente, hasta quedar solitarias, tristemente alumbradas por el sol

las contestaciones entre los jefes de la revolución y el Presidente por ella desconocido. Daba origen á esas contestaciones, casi siempre, la risible pretensión de los pronunciados para que el Presidente depusiese toda actitud de defensa, *haciéndole responsable de la sangre que se vertiera* y de los males que al país causase su obstinación. El plan proclamado por aquéllos siempre era *salvador, regenerador ó libertador*, así como la autoridad que se quería derrocar era, en todos los casos, *arbitraria, ilegal y despótica*. Tanto como enaltecían los pronunciados su *patriotismo*, su *desinterés* y el *amor* á sus conciudadanos, deprimíanse los actos del Gobierno acusándole de verdaderas



INTERIOR DEL PALACIO EN TIEMPO DE REVOLUCION.

que con sus pálidos rayos parecía, en tales momentos, condolerse de nuestro infortunio. Solamente en los balcones y en los zaguanes, á medio cerrar, se veían agrupados los curiosos, dispuestos á desaparecer al menor indicio de un peligro. A poco, algunos soldados y los cogidos de leva, á las órdenes de oficiales, afanábanse en levantar trincheras y barricadas en las bocacalles de las cercanías de Palacio y, por por último, el silencio de la ciudad sólo era interrumpido por el galope de un caballo que montaba algún dragón que iba de acá para allá, comunicando órdenes.

Las fuerzas pronunciadas y las defensoras del Gobierno permanecían en la inacción sin abandonar sus preparativos, mientras duraban

faltas é imputándole otras. Nunca en tales planes como en las proclamas dejábase de consignar que el alzamiento era la expresión de la *voluntad soberana de la nación*, y su único objeto la defensa de los *sacrosantos derechos de la Patria* ó de los *verdaderos intereses del pueblo*.

Como se ha manifestado, los preludios de las escenas á que daban lugar los pronunciamentos, consistían en agrias contestaciones entre el Gobierno y el jefe de los pronunciados, sin apearse aquél y éstos los tratamientos de Excelencias, tratamientos que resaltaban en medio de los denuestos; en levantar los contendientes trincheras; en coger de leva á los hombres y en apoderarse de los principales

edificios y templos, colocando en las ventanas de los campanarios y en los pretiles de las azoteas sacos rellenos de arena, no quedando más intersticios entre ellos que los necesarios para dar paso á los cañones de los fusiles y, por último, en declarar el Gobierno la ciudad en estado de sitio y en lanzar todos proclamas y manifiestos.

Si los pronunciados se apoderaban de los templos situados en la parte occidental de la ciudad, los del Gobierno tomaban posesión de los que se hallaban en la parte opuesta, y al romperse el parlamento, ya que ninguno de los contendientes cejaba en sus pretensiones, rompíase el fuego entre dos ó más torres contrapuestas, continuando por algunas horas hasta que el clarín ordenaba la suspensión de armas, momentos que eran aprovechados por los vecinos para acudir con presteza á proveerse de los artículos de primera necesidad en los parajes en que podían encontrarlos. En los barrios particularmente, eran las mujeres las que con tal objeto salían á la calle, pues los hombres no asomaban las narices por el temor de ser cogidos de leva. Como era natural, en esos aciagos días tan escaso andaba el dinero, como limitados y caros los víveres; así es que la población vivía en continuas aficciones, miserias y sobresaltos.

A poco el fuego de fusilería y uno que otro cañonazo disparado por el rumbo de la Ciudadela y contestado por la artillería del Gobierno, obligaba á los que por necesidad andaban en las calles, á refugiarse prontamente en sus casas, si no querían encontrar fuera de ellas una muerte segura, como á muchos aconteció, sin que á sus deudos les fuera posible salir á levantar los cadáveres ó acudir al socorro de los heridos.

Si risible era esa guerra de torre á torre, haciendo abstracción de las desgracias que causaba, honda pena infundía en todos los ánimos la sangrienta lucha sostenida por los contendientes en los momentos en que unos trataban de ganar á los otros, por asalto, edificios ó barricadas. Entonces veíanse por las calles avanzar los soldados en tiradores ó en columna cerrada, á las órdenes de sus oficiales, demostrando unos y otros mucha serenidad y un valor admirable y digno de una noble causa. Después de algún tiempo durante el cual

la población, presa de la mayor ansiedad, solamente oía el continuado estampido del cañón, y el nutrido fuego de la fusilería, los repiques de determinados templos anunciábanle el término, por entonces, de la lucha, y quiénes podían ser los victoriosos. Las calles, en las que había sido la refriega, presentaban algunos de sus edificios destrozados por las granadas y balas razas, y regados sus pavimentos de cadáveres de los que habían sido ametrallados por la artillería ó alanceados por las terribles cañoneras de Torrejón.

Para dar tregua á las inicuas escenas como la que acaba de indicarse, representábanse, á veces, otras verdaderamente cómicas. Intempestivamente un repique á vuelo era el anuncio de otro acontecimiento que ponía á la ciudad en conmoción, y del cual no era advertida sino hasta los momentos en que las gentes podían salir de las casas para hacer sus compras.



LANCERO.

El repique aquél no lo había determinado un triunfo parcial de las fuerzas gobiernistas contra las pronunciadas ó viceversa, sino la entrada á la Capital de un refuerzo que al Supremo Gobierno enviaba tal ó cual Estado ó Departamento, consistente en cuarenta dragones empolvados que con sus cuarenta encanijados caballos habían tomado alojamiento en el mesón de Tezontlale.

Los sucesivos pronunciamientos produjeron otras tantas revoluciones, sostenidas, antes de la proclamación del plan de Ayutla, por intereses individuales más que políticos, y de tal manera recrudecieron los odios de partido que poco faltó para que en México se reprodujeran las horribles escenas con que escandalizaron al mundo otras naciones. Principio fué de

esas escenas los fusilamientos en los caminos de prisioneros, sin formación de causa, y á pretesto de pretender aquellos escaparse, ultrajando de tal manera á la justicia, no solamente por el hecho sino por el nombre de *ley fuga* con que se distinguió el inicuo procedimiento.

La revolución casi siempre triunfaba, y como consecuencia del triunfo establecíase un nuevo Gobierno, central ó federal, conforme al plan proclamado; á poco un nuevo pronunciamiento convertía en *arbitrarios, ilegales y despóticos* á los mismos que poco antes habían sido los *salvadores, regeneradores ó libertadores*, y nuevos patriotas desinteresados y

ban punto de reposo," de la misma manera en nuestro país, dábale Urrea á Bustamante, Bustamante á Santa-Anna, Santa-Anna á él, Paredes á Santa-Anna y éste á todos, menudeando los golpes sin tregua ni descanso.

Santa-Anna, de carácter vivo, de talento natural, que conocía más que nadie á sus paisanos, y era travieso por temperamento, zafaba á tiempo el cuerpo y dejaba que á otro le tronase la bomba en la mano y se retiraba muy oportunamente á su hacienda Manga de Clavo, ó se expatriaba voluntariamente, antes de que otros descretasen su ostracismo, de lo que resultaba que cansados pronto los mexicanos

PALACIO NACIONAL DESPUES DE LAS JORNADAS DEL 15 AL 27 DE JULIO DE 1840.
REVOLUCION CONTRA BUSTAMANTE.

amantes de sus conciudadanos echaban por tierra al nuevo Gobierno, en virtud de aquella misma voluntad soberana de la nación, la que, á decir verdad, no deseaba otra cosa sino que la dejasen en paz.

Tal era el sistema de pronunciamientos perfectamente establecido, para la repetición hasta el fastidio de las mismas escenas, con mayor ó menor efusión de sangre, y más ó menos persistentes; y así como en el inimitable Quijote (perdone el insigne Cervantes la osadía) se lee: "daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se da-

de su nuevo gobierno, apelaban otra vez á Santa-Anna, lo llamaban y recibían en la Capital bajo arcos de triunfo. Cierto es que hubo vez que le saliera fallido su intento, como aquella en que, al emprender su fuga, fué aprehendido en las inmediaciones de Xico, mas tal incidente constituía una excepción de la regla.

Dieron pábulo á las marcadas tendencias de Santa-Anna al gobierno dictatorio, los diferentes partidos que se disputaban el poder creyéndolo su salvador. Si aquéllos reincidían en su error, él reincidía en sus inconsecuencias, pues aceptaba y juraba, como Fernando VII los principios que repudiaba para que-

brantarlos después, sacrificándolo todo en aras del poder absoluto.

Otras veces los beligerantes dejaban en relativa tranquilidad á la Capital, cuando las

mento, dejaba satisfechos, para volver á poco á las andadas. El aspecto que adquiría la ciudad y el ánimo de sus moradores eran diversos, pero las emociones las mismas.



ESQUINA DE LOS PORTALES Y DIPUTACION DESPUES DE LAS JORNADAS DEL 15 AL 27 DE JULIO DE 1840.

fuerzas del gobierno andaban por esos mundos de Dios, á caza de las pronunciadas, para dirimir sus contiendas en los campos de batalla,

De vez en cuando un intempestivo repique en la Catedral anunciaba una buena nueva para el Gobierno pero en caso contrario las cam-



COMBATE EN LA CALLE DEL REFUGIO.

ó para amasar un pastel en cualquier lugarejo en que se tenía ya preparado el amasijo, práctica muy frecuente que á todos, por el mo-

panas permanecían mudas, y los que á muerto tocaban eran los corazones de los adictos, aunque muchas veces acontecía que éstos ce-

lebrasen, como triunfos sus derrotas. En todo caso los pacientes vecinos de la gran ciudad sorprendidos, unas veces por los consabidos repiques y estallidos del cañón y, otras, por los gritos de los vendedores de noticias extraordinarias, abandonaban en gran número sus casas y formando oleajes en las calles, se dirigían precipitadamente á la plaza de la Constitución. Unos preguntaban dónde y cómo fué la acción y otros respondían dando tantos pormenores como si en aquélla se hubiesen encontrado; quienes se abrazaban, manifestando á gritos su alegría; quienes al estrecharse las manos se mostraban pesarosos y exponían en voz baja sus dudas, acerca de la exactitud de las noticias, transformando en favorables las adversas mediante un razonamiento inspirado por la pasión. El gentío se remolinaba en la plaza, mientras que los balcones de las casas se hallaban enchidos más de curiosos que de curiosos, pues éstos habíanse lanzado á las calles, en tanto que en el balconaje del palacio asomaban los escuálidos semblantes de los empleados, sujetos á rigurosa dieta por causa de las circunstancias.

Por las plazas y calles de la ciudad, corrían los pilluelos, con sus hojas noticieras en la mano, gritando según los tiempos y la política dominante: *la derrota del faisioso Pueblita ó la derrota del Macabeo Miramón.*

No había casa de la cual no fuesen aquellos llamados para imponerse con avidez sus moradores, de todos los detalles que del nuevo acontecimiento propalaban las noticias, unas veces ciertas y otras falsas, descubriéndose por los mismos conceptos de los partes oficiales las imposturas, entre las que resaltaba la que se refería al prodigioso número de bajas causadas al enemigo, en tanto que en las filas de los soldados fieles contábanse solamente un muerto y dos contusos. Esos partes traíanme á la memoria la graciosa crítica que sobre la materia expuso el ínclito Bretón de los Herberos, en su famosa comedia: *Muérete ¡y verás...*! crítica que parece hecha de expofeso para México.

“Es muy vaga la noticia.
Es atrasada la fecha.
Si fué la facción deshecha,
¿Qué se hizo nuestra milicia?”

En la guerra hay mil azares;
Y, además, la exactitud
No siempre fué la virtud
De los partes militares.
Muchos planes y cautelas,
Y alardes y movimientos,
Y zanjas y campamentos,
Y curvas y paralelas.
Mucho de causar zozobras
A las fuerzas enemigas;
De encarecer las fatigas,
De describir las maniobras,
Mucha recomendación;
Mucho de Roma y Numancia;
Y, ¿qué nos dice en sustancia
El jefe de división?
Que anduvimos cuatro leguas;
Que el faccioso echó á correr
Dejando en nuestro poder
Una mochila y dos yeguas;
Que allí hubieran muerto muchos
De la gavilla perjura
A no ser la noche oscura
Y á no faltar los cartuchos;
Que el cabecilla vasallo
Huyó á tiempo de la quema,
Y se salvó... por la extrema
Ligereza del caballo;
Que por falta de refuerzo
Deja el campo de batalla
Y va á esperar la vitualla
A Villa Franca del Vierzo;
Que envíen francas de portes
Diez Cruces de San Fernando:
Y concluye suplicando
Al Ministro y á las Cortes
Que sin exigir recibo
Le traigan los maragatos
Seis mil pares de zapatos
Y un millón en efectivo.”

Con excepción de los nombres propios y de lugares así como de la graciosa descripción y su elegante forma, los conceptos de los partes oficiales de nuestras pasadas revoluciones eran idénticos á los expresados en la composición del inimitable Bretón.

En todas las azonadas se repicaba porque unos entraban; se repicaba porque otros salían, se tocaban dianas por la captura de un armón, y el novelero populacho recorría en tu-